



# EL JARDÍN DE LAS FLORES NEGRAS



## **EL JARDÍN DE LAS FLORES NEGRAS**

© 2025, **Ana Rosenrot**

Este libro es una obra de ficción. Los hechos, personajes, situaciones o diálogos son producto de la imaginación del autor. Aunque constan en la obra hechos históricos ocurridos en la vida real, cualquier semejanza con hechos, personas verdaderas, vivas o muertas son pura coincidencia.

Segunda edición: Marzo 2025

ISBN: 978-84-10364-09-7

Depósito legal: M-3929-2025

Printed in Spain— Impreso en España

**[www.anarosenrot.com](http://www.anarosenrot.com)**

Queda rigurosamente prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación, alquiler o préstamo público sin contar con la autorización escrita de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos de esta obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art.270 y sgts. del Código Penal). Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra contacte con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web [www.cedro.org](http://www.cedro.org)



EL JARDÍN DE LAS FLORES NEGRAS



Ana Rosenrot

*“Quédate siempre conmigo, bajo la forma que quieras, ¡vuélveme loco! pero lo único que no puedes hacer es dejarme solo en este abismo donde no soy capaz de encontrarte”*

*Cumbres Borrascosas*

*“Más vale que acabe mi vida por su odio, que prorrogar la muerte sin tener tu amor”*

*Romeo y Julieta*





**A**ngustiosa y jadeante. Así es la respiración de un moribundo. Con el esfuerzo que suponía mantenerse viva a pesar de los estertores de la muerte, Eulalia consiguió reunir las fuerzas necesarias para agarrar a la joven por la muñeca y atraerla hacia sí.

La joven se acercó inmediatamente facilitándole el gesto a la mujer mientras que sus tías, que velaban incansables al lado de la cama como dos pájaros de mal agüero esperando lo inevitable, trataban de escuchar lo que la mujer intentaba decir.

—Seguramente será un desvarío —supuso una de ellas llevándose la mano al pecho en un gesto que parecía querer ocultar el colgante de su cuello.

La joven avanzó con un nudo en la garganta. Le horrorizaba la cercanía de la muerte, la abrumadora y devastadora agonía que contrastaba con el aroma afrutado y levemente dulzón que emanaba del cuerpo de su madre. No podía llorar, a pesar de que cuando había imaginado aquella situación siempre pensó que se derrumbaría como un castillo de arena. Sin embargo, allí estaba. Increíblemente aún, aparentemente serena. A escasos centímetros de la muerte, a escasos segundos del abandono más profundo. De la soledad.

El aliento ya corrompido de su madre acarició su piel cuando se aproximó a su boca esperando escuchar sus últimas palabras que imaginaba llenas de cariño.

—Los pecados de los padres los heredan los hijos... ¡no lo olvides!  
—susurró agónicamente.

Sus ojos vidriosos no la veían. Parecían fijos en algún punto más allá de la realidad mientras continuaba con su incoherente discurso.

—Así es y así será. Así es y así será... los hijos deben cargar con los pecados de los padres. Silencio, silencio, ¡no digas nada! Tendrás que cargarlo sobre tus hombros... ¡lo siento tanto! Dios me perdonará, pero no puedo borrarlo y esa es tu herencia.

La joven no entendía absolutamente nada. Probablemente desvariaba y sus frases confusas no significaran nada. Dejó de sentir la presión de su mano.

Dejó de hablar. Su angustia pareció darle unos instantes de tregua. Su respiración, extrañamente, se normalizó; se volvió suave y relajada durante unos segundos y después, sin más, dejó de respirar. Se fue.

Era hija única, única heredera del dolor, de la pérdida. Sin poder compartir el duelo con otro ser que pudiera sentir lo mismo que ella, pero no por ello se dejó engañar por la aparente compasión de sus tías que, con palabras suaves y ojos brillantes de rapiña, se ofrecían para revisar las posesiones de la difunta imaginando dinero escondido o algún valioso objeto. Recordaba bien las palabras de su madre advirtiéndole y sabía cómo habían actuado en otras situaciones similares: escamoteando ahora un paño bordado, ahora alguna pieza de la vajilla. Incluso distrayendo alguna pequeña joya aprovechando el desconcierto y la pena de los afligidos familiares del finado durante los velatorios de los vecinos. Ella lo había visto siendo pequeña y puede que de ello le viniera su afición por las cosas brillantes, por las pequeñas joyas que atraían su atención como un imán.

No. Las conocía demasiado bien y no la engañaban con sus miradas sin pena y su riguroso luto. Además... ya se había dado cuenta de que una de sus tías se había apoderado de la pequeña Cruz de la Victoria que su madre siempre había llevado colgada del cuello. En el instante en que percibió el breve destello de la plata semioculto por la chaqueta de lana, lo supo. Sintió asco, pero no dijo nada. Ella era como su madre, nunca decía nada. Probablemente habían revisado ya todas sus pertenencias antes de que ella llegara, pero no se habían atrevido a abrir el arcón y quedarse con su ajuar. Sin duda esperaban que repartiera las cosas con ellas.

Declinó su ofrecimiento. No iba a permitir que nadie decidiera por ella qué debía tirar o conservar. Lo haría sola, y después se marcharía.

No podía quedarse allí y sabía que a su madre tampoco le gustaría. Ella habría sido la primera en instarla para que se marchara cuanto antes y continuara con su vida, pero aun así, le invadió la nostalgia y la melancolía cuando tuvo que deshacerse de las cosas de su madre. Tendría que devolver al casero las llaves de la casa y tal vez regalar los muebles que no quería y no podía llevarse. Empaquetaría el resto y se marcharía rápidamente con el baúl.

No había demasiadas cosas. Nunca hubo grandes lujos en la casa desde que murió su padre. Su madre había trabajado duro para darle una buena educación. Suspiró con pesar mientras abría el arcón que había permanecido años en la buhardilla; en él su madre guardaba con celo su ajuar entre una profusión de espliego, romero y flores secas: varias sábanas bordadas amarillentas por el tiempo, sin usar, al igual que algunas mantelerías. El espliego casi se había deshecho e inundaba cada rincón del arcón. Lo sacó todo imaginando que tendría que tirar algunas cosas estropeadas por las polillas pero cuando apartó el ajuar, aún quedaba algo en el fondo.

Horrorizada, se tapó la boca con las manos para no gritar y en ese momento interpretó las palabras de su moribunda madre. Aquello era parte de su legado y debería cargar con él el resto de su vida. No quiso pensar más, volvió a llenar el arcón, lo cerró y lo dejó preparado con el resto de su equipaje.





Oviedo, 1948.

Una figura oscura y alargada se reflejaba en el empedrado reluciente como si lo acabaran de pulir. El continuo *orbayu* mantenía a la vetusta ciudad húmeda y envuelta en una ligera bruma que le daba una apariencia perezosa, como si no quisiera despertarse aún pero en sus calles ya había comenzado la actividad diaria. Varios trabajadores que comenzaban su jornada laboral saludaron respetuosamente a la figura oscura que caminaba con ligereza, aunque alguno le mirara con recelo y chasqueara los labios con incomodidad ante la presencia de un representante de la Iglesia. No eran pocos los que apretaban los puños y murmuraban en voz baja maldiciendo el régimen de Franco y a la Iglesia. La guerra civil había dejado muchas heridas sin cerrar. Cicatrices que no curarían en mucho tiempo y una espiral de celos, odio y ansia de venganza que era drásticamente reprimida por un gobierno que buscaba, como un perro de presa, a los disidentes contrarios al régimen que habían actuado contra el Bando Nacional en la guerra. Las detenciones estaban a la orden del día y aunque las acciones violentas se podían reprimir, el odio en los corazones aumentaba.

El joven sacerdote apresuró el paso y se colocó bien el manteo con un estiloso movimiento sin soltar el paraguas negro. Sus pasos fueron acallados en el momento en que las campanas de la Catedral de San Salvador anunciaron las nueve de la mañana. El trayecto desde la Universidad le había servido para desentumecer sus músculos pero su cabeza seguía en aquella continua zozobra desde que fue llamado por el obispo. Nada bueno sugería una reunión con tanta urgencia y presentía que no sería nada bueno, aunque ¿qué sería lo peor que le podría pasar? ¿La expulsión de la Iglesia? ¿La excomunión? Sonrió

irónicamente, eso hubiera sido una liberación para él y por eso mismo nunca ocurriría. Por esa parte podía estar tranquilo, entonces, ¿a qué se debía aquel requerimiento?

—Muchacho... —le había dicho su profesor de filosofía con el que mantenía una estupenda relación y con el que solía desayunar todos los jueves— monseñor Tuñón es un hombre avezado y muy inteligente. No me extrañaría que hubiera puesto sus ojos en ti para alguna misión importante. Y bien sabe Dios que no es de mi agrado, pero tengo que admitir que sabe reconocer la valía —aquellas palabras dichas por un declarado ateo resultaban chocantes.

El joven coincidía en la opinión sobre la inteligencia de monseñor Tuñón, pero no creía despertar sus simpatías. Es más, estaba convencido de todo lo contrario e intuía que sería confinado en algún lugar alejado y perdido.

—¡Sería imperdonable malgastar tu gran talento aislándote en una parroquia de pueblo sin más oficio que confesar a viejas beatas y dar la extremaunción a los moribundos! ¡Intolerable! —protestó el profesor ante aquella posibilidad, pero para el joven no era una idea tan descabellada y estaba seguro de que monseñor no dejaría que se acomodara en la vida tranquila y apacible de estudiante universitario que llevaba.

Con una alentadora palmada en la espalda, el profesor Castrosua le deseó suerte en su entrevista asegurándole que le esperaría en la cafetería, pues tenía verdadera curiosidad por conocer las intenciones de monseñor Tuñón, hombre al que se le atribuía más poder en Oviedo que al mismísimo gobernador civil.

Inmerso en sus pensamientos, Pablo Arteaga se dirigió al Palacio Arzobispal. Aún recordaba la impresión que le produjo el edificio la primera vez que lo vio, pero sobre todo recordaba la severidad de la mirada del obispo, casi tan pétrea como los muros de piedra y con un leve aire de desprecio. Él tenía diecinueve años y acababa de llegar desde el monasterio de Covadonga, donde había estado dos años, para ingresar en el seminario de Oviedo. Le hizo sentir como si fuera un despojo, alguien que no merecía siquiera el perdón de Dios.

Recordó su temblor cuando el obispo leyó de manera impertérrita la carta que le enviaba el obispo de Barcelona, que había sugerido su

ingreso en Covadonga, donde sin duda le ponía al corriente de su situación. Sólo entonces le dirigió la palabra.

—Un pecado atroz el que ha cometido. Una vergüenza para su familia

No le quedó más remedio que bajar la cabeza, avergonzado, mientras se sentía la persona más despreciable de la tierra. No podía soportar ser juzgado de aquella manera pero ya había desistido de dar explicaciones. Lo único que le quedaba era aceptar su responsabilidad, su destino y su penitencia.

—Por suerte —continuó—, Dios en su misericordia perdona cualquier pecado, incluso los más abyectos. Incluso el suyo —enfaticó mientras cruzaba las manos ceremoniosamente—. Su tío, el señor Arteaga, ha obrado correctamente al tomar una decisión tan acertada pues el calibre de su pecado sólo puede ser perdonado con paciencia, rezos, y una gran penitencia que por lo que veo está usted dispuesto a cumplir, ¿no es así? —preguntó mirándole inquisitivamente.

El muchacho asintió con resignación, ¿es que podía hacer otra cosa? Aquellos dos años en Covadonga habían minado su resistencia. Dos años en los que fue obligado a «reflexionar» recluido en una celda monacal, aunque fue lo más parecido a un encarcelamiento. Se sentía tan culpable que hubiera hecho cualquier cosa, pero nunca pensó que su tío Fernando le impusiera precisamente aquella penitencia: convertirse en sacerdote. Ahora, con los años, se daba cuenta de lo maquiavélica que había sido aquella decisión y de que se trataba del castigo perfecto.

Lo comprendió el día que tomó sus votos.

El día que fue ordenado sacerdote fue el peor día de su vida, pero él lo aceptó. Prostrado sobre la alfombra en el suelo de la Catedral de San Salvador, frente al espectacular retablo del gótico tardío, con el resto de sus compañeros de seminario mientras escuchaba los cánticos religiosos y con el Santo Sudario como testigo, se dio cuenta de la magnitud del castigo. No fue una celebración como para el resto, allí no había familiares ni amigos emocionados. Solo él, su tío Fernando mirándole fríamente desde los bancos, como un testigo en una ejecución. No le cabía la menor duda de que había disfrutado con su primera tonsura, con la imposición de las manos de monseñor Tuñón sobre su cabeza, con su aceptación y juramento de los votos que le convertían en sa-

cerdote. En aquel momento tuvo conciencia de que lo había perdido todo, pero sobre todo había perdido a su padre. Le envió varias cartas a la cárcel de Atocha, instalada en el colegio de los Salesianos, donde había sido encarcelado tras la guerra civil, pero no había obtenido ninguna respuesta, lo que evidenciaba la decepción que había supuesto su ordenación como sacerdote. Solo mantenía correspondencia con su madre, probablemente la única que se sentía orgullosa de tener un hijo cura. Un deseo secreto que durante años había albergado en su corazón y que se había cumplido, según ella, por la gracia de Dios, aunque intuía que su madre debía saber los verdaderos motivos que le habían obligado a tomar esa decisión.

En cualquier caso no tenía otra salida. Hiciera lo que hiciera se enfrentaría con el desprecio de los suyos.

—Espere aquí un momento. Voy a avisar a monseñor —el secretario le sacó de sus recuerdos y le acomodó en una salita decorada con gusto.

Para aliviar la impaciencia sacó del bolsillo de su sotana la última carta que había recibido de su madre hacía pocos días. En ella, como siempre, le reiteraba lo orgullosa que se sentía de él, le contaba anécdotas de los vecinos, de lo que ocurría en Madrid... pero ni una palabra de parte de su padre. De igual modo, durante aquellos años, ella había evitado contestar a sus desesperadas preguntas, obviando el doloroso tema del que nunca habían hablado, como si no hubiera ocurrido nada, como si ella no supiera nada. Intuía la alargada sombra de su tío Fernando que sin compasión decidía con firmeza sobre su vida, e imaginaba que había hablado con su madre asegurándole que aquello era lo mejor para todos. Y tal vez fuera verdad, al fin y al cabo no podía culpar a su tío, sólo él era el responsable de lo que había ocurrido y por eso había terminado por aceptar con resignación cumplir aquella penitencia... o condena.

Diez largos minutos tuvo que esperar hasta que fue introducido en el despacho de monseñor Tuñón. Los años parecían no haber pasado por él, mantenía el mismo brillo inquisitivo en su mirada, tal vez sus facciones parecían más descolgadas... pero sin duda su firmeza a la hora de tomar decisiones se mantenía intacta, al igual que su mirada fría y acusadora.

—¿Qué tal se encuentra, padre Arteaga?

—Muy bien, monseñor —había aprendido a ser respetuoso y humilde ante sus superiores aunque su rebeldía aún se encontraba en el interior de su alma, donde nadie podía llegar. Disfrazaba de obediencia lo que no era más que frustración, pero su actitud resignada y sumisa agradaba al prelado que sonrió ligeramente.

—Bien... —suspiró y cruzó las manos en un gesto paciente—. Se preguntará para qué le he hecho venir— continuó sin esperar una respuesta—. He tenido varias conversaciones con el rector de la Universidad sobre usted y tengo que decir que está enormemente satisfecho con sus resultados académicos. Es indudable viendo sus notas que fue un acierto decidir que siguiera estudiando en la universidad tras la ordenación, y su nombre ha llegado a instancias más altas.

Pablo dio un respingo, ¿qué quería decir?

—El cardenal Gutiérrez de Leza se ha interesado por usted —continuó—. Al parecer ha pensado que sería bueno que le acompañara al Vaticano un sacerdote joven y universitario como usted —le miró fijamente—. Podría llegar a ser diplomático. Tiene un gran futuro por delante si sigue por ese camino, pero...

El joven sonrió. Sabía que tras aquellos halagos habría un «pero». Tal vez se trataba de una nueva manera de torturarlo: primero un halago para hacerle creer que todo estaba bien y después hundirlo en la miseria.

—No quiero que se aparte de su labor eclesiástica.

Pablo asintió. Monseñor no iba a permitir que continuara con lo que más le gustaba. No le permitiría seguir estudiando

—¿Tengo que dejar la Universidad? —preguntó procurando no demostrar su desilusión.

—En absoluto —contestó para su sorpresa—. El cardenal Gutiérrez de Leza y yo consideramos que su talento podría desembocar en un puesto de importancia en Roma, en un futuro, claro está. Y si finalmente acompaña al Vaticano al cardenal, continuará sus estudios allí, pero... como le decía, no debemos descuidar sus funciones sacerdotales —su sonrisa no delataba buenas intenciones.

Monseñor Tuñón sonrió brevemente al constatar la incertidumbre del joven.

—De momento seguirá con sus estudios de Derecho y Filosofía aquí, pero tendrá que compaginarlo con sus nuevas responsabilidades. A partir de la semana que viene será el ayudante del párroco de la iglesia de San Gerónimo, se trasladará allí. Asistirá en los oficios religiosos, administrará los sacramentos y le acompañará en todas sus funciones —el prelado le miró fijamente—. No sería bueno que llegara al Vaticano sin haber tenido contacto directo con los feligreses, ¿no cree? Se le preparará un plan de estudios compatible con su nueva tarea. Eso es todo.

No había opción a ninguna pregunta ni queja. Todo estaba decidido y él únicamente debía obedecer. Se levantó y besó el anillo del obispo, cubrió de nuevo su cabeza con el bonete negro y se dispuso a salir.

—Su tío estaría orgulloso de usted —añadió monseñor con satisfacción.

Al joven sacerdote se le llenó la boca de saliva amarga. Lo que menos le importaba era agradar a su tío Fernando y lo que más lamentaba era que, a su pesar, lo hacía y que todo lo que enorgullecía a su tío, le apartaba un poco más de su padre.

Era ya la media pasada cuando salió del Palacio Arzobispal. El día se mantenía en una especie de bruma sin decidirse a seguir lloviendo o conceder una tregua, pero el joven ya estaba acostumbrado al inquieto clima de Oviedo y el paraguas se había convertido en un elemento indispensable para salir a la calle. La ciudad ya estaba en plena actividad y la bruma se había aplastado contra el suelo dejando jirones cristalinos sobre el empedrado que humedecían el borde de su sotana. Sorteando charcos meditaba sobre su reunión con el obispo y la posibilidad de ir al Vaticano siempre que cumpliera con la tarea en la iglesia de San Gerónimo. Aquello parecía una especie de prueba. Ni siquiera conocía esa parroquia pero podía darse por contento al no tener que abandonar sus estudios, tal como imaginaba. Podría continuar en la universidad y convertirse en... un prestigioso miembro de la Iglesia que sería el orgullo de su tío Fernando. Aquello le divirtió y ahogó una carcajada irónica justo cuando pasaba al lado de la estatua de La Regenta mientras se dirigía a la confitería Rialto, no lejos de allí.

Al abrir la puerta del obrador le recibió un agradable ambiente cálido y humeante con aroma a café, chocolate y bollos recién hechos. El profesor Pedro Castrosua le saludó cordialmente y Pablo Arteaga, o más bien el padre Arteaga, se apresuró a sentarse a la mesa de su profesor.

—¿Qué tal?, ¿qué ha pasado? —preguntó expectante.

Antes de contestar, el joven solicitó un chocolate y después sonrió de esa manera suya llena de hastío y resignación.

—Al parecer el cardenal Gutiérrez de Leza se ha interesado por mí y quiere que le acompañe al Vaticano, pero el obispo quiere que antes me implique más en mi labor sacerdotal. Me ha encomendado ayudar en una parroquia, la de San Gerónimo, pero seguiré en la universidad aunque puede que termine el doctorado en Roma.

El profesor Castrosua suspiró aliviado. No quería perder a un joven con tan buena disposición para el estudio y había barajado la posibilidad de hablar en persona con Monseñor en caso de que la reunión hubiera sido un fiasco, pero se había equivocado, ¡el Vaticano! Aquello era una gran noticia.

—¡Bien, bien!, ¡esto hay que celebrarlo! ¡Dos *carbayones*!

Era ya costumbre que profesor y alumno desayunaran los jueves antes de las clases. Entre ellos se había establecido una corriente de simpatía y cordialidad. A don Pedro Castrosua, sin embargo, le costaba entender que un joven de las cualidades de Pablo Arteaga hubiera entregado su vida al sacerdocio, pues sabía que poseía un espíritu crítico que cuestionaba todo lo que no pudiera ser demostrado, ¿y qué más indemostrable que la existencia de Dios? Le desconcertaba aquello, sobre todo después de algunos debates con sus alumnos en los que el joven prefería silenciar su opinión aunque percibía que hervía por dentro, era como si se estuviera mordiendo la lengua.

No creía que verdaderamente tuviera una gran vocación religiosa, no le veía sacrificándose por un Dios al que no podía ver ni tocar, ¡y ahora para colmo iría al Vaticano a codearse con el mismo Papa!, ¡era surrealista! Aunque también una gran oportunidad.

No podía entenderlo. Estaba seguro de que Pablo no creía en Dios pero tal vez el sacerdocio había sido la única manera de sobrevivir ya que tenía entendido que su padre estaba detenido en Madrid por ser contrario al gobierno. En cualquier caso se alegraba de que el obispo no hubiera decidido trasladarle a algún pueblo perdido. Tenía razón, monseñor Tuñón era inteligente, y con vocación o no, quería convertir a Pablo Arteaga en alguien importante dentro de la Iglesia para su propio beneficio.

El chocolate espeso y humeante junto a los *carbayones* llegó a la mesa ante la satisfacción de don Pedro Castrosua que se frotó las manos con deleite.

—¡El mejor chocolate del mundo! ¡El mejor! —aseguró y Pablo sonrió porque para él, el mejor chocolate del mundo estaba en otro lugar.